

A petición de Molly, he escrito unas memorias del viejo Bloomsbury, esto es, de Bloomsbury desde 1904 hasta 1914.¹ Naturalmente, yo percibo Bloomsbury desde mi punto de vista y no el suyo, por lo cual me veré obligada a pedirles que hagan ciertas concesiones. Entonces, según mi perspectiva, nos

- 1 Este texto fue una contribución manuscrita de Virginia Woolf al Memoir Club que entregó entre 1921 y 1922. (Todas las notas, salvo en caso de que se indique lo contrario, son de Jeanne Schulkind, editora del texto original, publicado en *Moments of Being. Unpublished Autobiographical Writings*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1976). Al comienzo se refiere a Molly MacCarthy, esposa de Desmond MacCarthy, miembro fundador del Memoir Club y secretaria de la institución cuando Woolf entregó este texto.

acercamos a Bloomsbury por Hyde Park Gate, ese pequeño y tortuoso callejón sin salida situado junto a Queen Gate y frente a los jardines de Kensington. Habrá que detenerse un momento en esa casa tan alta y antigua a mano izquierda, cerca del fondo del callejón, cuya pared empieza con un estucado y termina con ladrillos rojos; tan alta y —ahora que la hemos vendido puedo decirlo— destartada que parece como si el viento fuera a derribarla en cualquier momento desde las alturas.

Mi último recuerdo de esa casa se detiene en un día que me estaba desvistiendo en el rincón del fondo de mi dormitorio. Mi vestido de satén blanco estaba en el suelo. Un leve olor a guantes de niño flotaba en el aire. Mi collar de aljófares reposaba sobre el tocador, enredado entre las horquillas. Acababa de regresar de una fiesta —de varias fiestas, en realidad, puesto que fue una noche memorable de 1903, en la cúspide de la temporada— en la que cené con *lady* Carnarvon en Bruton Street, vi claramente cómo George² la besaba entre las columnas

2 George Duckworth, hermanastro de Virginia

del vestíbulo, hablé demasiado, sí, demasiado —sobre mis impresiones al escuchar música— durante la cena; y más tarde, *lady* Carnarvon, la señora Popham, George y yo asistimos a la obra francesa más indecente que he visto en mi vida. Nos levantamos como una bandada de perdices al final del primer acto. Las mustias mejillas de la señora Popham ardían en rojo carmesí. Los bucles grises de Elsie ondearon con el viento al salir. Cuando nos despedimos en medio del adoquinado, ambas mujeres parecían muy cohibidas y Elsie me dijo que esperaba que no estuviera muy cansada —imaginé que se refería a que no hubiera perdido la virginidad o algo parecido—. Luego, cada uno siguió su camino, y George y yo tomamos una calesa para acudir a otra fiesta, porque George declaró que yo había hablado demasiado y tenía que aprender a comportarme —lo cual me produjo una vergüenza terrible—. Así, nos dirigimos al Holman Hunts, donde «la luz del mundo» justo acababa de regresar de una misión

Woolf por parte de su madre, Julia Stephen, viuda de Herbert Duckworth (N. de la T.).

por las principales capitales del Imperio británico, y Edward Clifford, la señora Barrington, la señora Freshfield y yo no supimos en ningún momento quiénes eran aquellos distinguidos y ancianos caballeros con lazos negros atados a los monóculos, ni quiénes aquellas señoras mayores con unas curiosas vértebras que les asomaban a través de sus antiguos y reales encajes —y también bastante harapientos—, que hablaban entre susurros sobre el arte del maestro mientras ese mismo maestro permanecía sentado con una kipá y daba sorbos a una taza de cacao caliente, aunque estábamos en junio.

Ya era medianoche pasada cuando me acosté y me quedé leyendo una o dos páginas de *Mario el epicúreo*, que me apasionaba por aquella época. Entonces se oyeron unos golpes en la puerta, la luz se apagó y, como de costumbre, George se lanzó a mi cama para besarme, acariciarme y abrazarme con la intención, tal y como contaría más tarde al doctor Savage, de consolarme por la enfermedad terminal de mi padre, que se estaba muriendo de cáncer tres o cuatro pisos más abajo.